Una marciana tonta

John Wyndham



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CUANDO Duncan Weaver compró a Lellie... No, plantearlo de este modo podría resultar inconveniente. Cuando Duncan Weaver pagó a los padres de Lellie mil libras como compensación por la pérdida de los servicios de la muchacha, había pensado pagar seiscientas, o, en caso absolutamente necesario, setecientas libras.

En Port Clarke, todas las personas a las cuales había consultado le aseguraron que no tendría que pagar más de seiscientas libras. Pero la cosa no resultó tan sencilla como parecían creer en Port Clarke. Las tres primeras familias marcianas con las que había establecido contacto no se mostraron dispuestas a vender a sus hijas a ningún precio; la siguiente, pidió 1.500 libras y no rebajó ni un céntimo; los padres de Lellie empezaron pidiendo también 1.500 libras, pero acabaron por rebajar la cifra a 1.000, cuando vieron que Duncan no estaba dispuesto a dejarse esquilmar. Cuando Duncan, de regreso a Port Clarke con la muchacha, echó sus cuentas, no le pareció haber hecho un mal negocio, después de todo. Su contrato tenía una duración de cinco años, lo cual significaba que Lellie iba a costarle 200 libras anuales, en el peor de los casos: es decir, suponiendo que no consiguiera venderla por 400 libras, o incluso por quinientas, cuando regresara. Visto así, no estaba mal del todo.

Una vez en la ciudad, fue a explicarle la situación y a dejar arregladas las cosas con el agente de la Compañía.

Mire - le dijo -, creo que usted ya conoce las condiciones estipuladas en el contrato de cinco años que firmé para ocupar el puesto de superintendente de la estación de carga de Júpiter IV/JI. La nave que ha de conducirme allí viajará de vacío, puesto que va a recoger una carga. ¿Podría contar con un segundo pasaje en ella?

Había tenido la precaución de averiguar que la Compañía solía conceder una plaza extra en circunstancias como suyas, aunque no estaba obligada a hacerlo.

El agente de la Compañía no se sorprendió lo más

Después de consultar algunas listas, dijo que no había inconveniente en conceder la plaza para otro pasajero. Explicó que la Compañía estaba acostumbrada a aquellos casos, y que suministraba la ración suplementaria de víveres para una persona, al precio de 200 libras anuales, a descontar del salario.

-¿Cómo? ¿Mil libras? - exclamó Duncan.

-Es un precio de favor, créame -dijo el agente-. A la Compañía no le importa facilitar las raciones a un precio ridículamente bajo, si con ello da a un empleado suyo la oportunidad de pasarlo mejor. Y, desde el punto de vista de la conveniencia de usted, le aseguro que mil libras no

es un precio elevado si le permiten combatir la soledad. Cinco años es un período de tiempo muy largo, y una estación de carga es un lugar muy aburrido.

De momento, Duncan discutió un poco, pero el agente no tardó en convencerle. Aquello significaba que el precio de Lellie aumentaba de 200 a 400 libras por año. Sin embargo, con su sueldo de cinco mil libras anuales, libres de impuestos, sin posibilidad de gastar ni una sola de ellas en Júpiter 1V/II, al cabo de los cinco años se encontraría con una buena suma ahorrada. De modo que dio su asentimiento.

-Magnífico -dijo el agente-. Ahora, lo único que necesita es un permiso de embarque para la muchacha, cosa que le concederán automáticamente al presentar su certificado de matrimonio.

Duncan abrió unos ojos como platos.

-¿Certificado de matrimonio? ¿Yo? ¿Casarme yo con una marciana?

El agente sacudió la cabeza con aire de reproche.

-Sin él, no le darán el permiso de embarque. Ya sabe, las normas antiesclavistas. Podrían creer que quiere usted vender a la muchacha... o incluso pensar que la había comprado.

-¿Quién, yo? -exclamó Duncan, en tono indignado.

-¿Por qué no? -dijo el agente-. Una licencia de matrimonio sólo le costará otras diez libras... a no ser que haya dejado Otra esposa en su casa. De ser así, le costaría un poco más caro, a su regreso.

Duncan sacudió la cabeza.

-No tengo ninguna esposa -afirmó.

.-Uh-uh - dijo el agente, sin creerlo ni dejarlo de creer-. Entonces, ¿qué inconveniente hay?

Duncan regresó un par de días más tarde, con el certificado y el permiso. El agente los examinó.

-Están en regla -dijo-. Confirmaré el embarque. Mis honorarios son cien libras.

-¿Sus honorarios? ¿A santo de qué?

-Digamos por... salvaguardar su inversión dijo el agente.

El hombre que le había extendido el permiso de embarque le exigió también cien libras. Duncan no mencionó el hecho ahora, pero dijo, con amargura:

-Una marciana tonta me va a costar un montón de dinero.

-¿Tonta? dijo el agente, mirándole.

-Esos marcianos ni siquiera saben por qué están en el mundo.

-Hum... -murmuró el agente-. Usted no ha vivido nunca aquí, ¿verdad?

-No -admitió Duncan-. Pero he estado aquí unas cuantas veces.

El agente asintió.

-Actúan como tontos, y la forma de sus acciones les hace parecer tontos dijo-, pero fueron un pueblo extraordinariamente listo.

-De eso debe hacer mucho tiempo.

-Mucho antes de que nosotros llegáramos aquí tenían motivos más que sobrados para dedicarse a pensar. Su planeta se estaba muriendo, y al parecer estaban contentos de morir con él.

-Bueno, a eso le llamo yo ser tonto. ¿No se están muriendo todos 105 planetas, acaso?

-¿No ha visto nunca a un anciano sentado al sol, tomándoselo con calma? Esto no quiere decir que sea un estúpido. Si fuera absolutamente necesario, es probable que pusiera de nuevo su mente en funcionamiento. Pero, la mayoría de las veces, el anciano considera que no vale la pena de preocuparse. Es más cómodo dejar que las cosas sigan su curso.

-Bueno, mi marciana tiene sólo veinte años -unos diez años y medio de acuerdo con el calendario de Marte-, y desde luego deja que las cosas sigan su curso. Cuando una muchacha no sabe qué hacer en su propia ceremonia de boda, es tonta de remate, se lo digo yo.

Y luego, como remate de todo, fue necesario invertir otras cien libras en vestidos y otras cosas para ella, con lo cual el importe total ascendió a 2.310 libras. Era una suma que no hubiera resultado exagerada de haberse tratado de una muchacha realmente atractiva. Pero, Lellie... Bueno, ya estaba hecho. Una vez efectuado el primer pago, había que hacer frente a los otros gastos... o resignarse a perder la primera inversión. Y, de todos modos. en una solitaria estación de carga, Lellie le haría compañía...

* * *

El primer oficial llamó a Duncan al cuarto de navegación para que echara una mirada a su futuro hogar.

-Allí está dijo, señalando con la mano a un punto visible desde la mirilla de observación.

Duncan miró hacia abajo. Pero no vio más que una masa rocosa, que giraba lentamente.

-¿Qué extensión tiene? -preguntó.

-Unas cuarenta millas de diámetro.

-¿Qué tal anda de gravedad?

-Es muy escasa, por no decir inexistente.

- Ub-uh dijo Ducan.

En su camino de regreso a la camareta, Duncan se detuvo junto a la cabina y asomó la cabeza. Lellie estaba tendida en su camastro, con la manta doblada encima de ella para tener una sensación de peso. Al ver a Duncan, se incorporó sobre un codo.

Era bajita: poco más de cinco pies. Su cara y sus manos eran muy delicadas; tenían una fragilidad que no era simple producto de una deficiente estructura ósea. Para un terrestre, sus ojos resultaban anormalmente redondos, confiriéndole una perpetua expresión de ingenuidad sorprendida. Los lóbulos de sus orejas colgaban muy bajos, surgiendo de una gran mata de pelo castaño, con tonalidades rojizas. La palidez de su cutis resaltaba más por contraste con el rubor de sus mejillas y el intenso rojo de sus labios.

- ¡ Eh! - dijo Duncan-. Ya puedes empezar a empaquetar las cosas.

-¿Empaquetar? -repitió Lellie, perpleja, con una voz que resonaba de un modo muy curioso.

-Claro. Empaquetar -asintió Duncan.

Hizo una pequen a demostración: abrió una maleta, metió algunas ropas y agitó una mano señalando otras prendas y el interior de la maleta, sucesivamente. La expresión de Lellie no cambió, pero captó la idea.

-¿Hemos llegado? -preguntó.

-Estamos llegando -le informó Duncan-. De modo que date un poco de prisa.

-Zí... muy bien dijo Lellie, y empezó a desenganchar la manta.

Duncan cerró la puerta y se dirigió hacia la camareta general.

En el interior de la cabina, Lellie apartó la manta a un lado. A continuación se inclinó cautamente a recoger un par de suelas metálicas y las ató a sus zapatillas. Con las mis mas precauciones, y agarrándose al camastro, deslizó los pies <~ un lado y fue bajándolos hasta que las suelas magnéticas produjeron un chasquido al establecer

contacto con el suelo. Lellie se puso en pie, más confiadamente. El buzo de color pardo que llevaba ponía de relieve unas formas que tal vez fueran admiradas entre los marcianos, pero que no correspondían en absoluto al patrón terrestre. Dicen que a consecuencia de la tenuidad de la atmósfera de Marte, sus habitantes poseen una mayor capacidad pulmonar, con la consiguiente modificación física. Todavía insegura por los efectos de la ingravidez, Lellie arrastró los pies para no perder contacto con el suelo mientras cruzaba la cabina. Se detuvo unos instantes delante de un espejo colgado en la pared, contemplando su imagen. Luego dio media vuelta y se dedicó a empaquetar las cosas.

* * *

- ... un lugar infernal para llevar una mujer -estaba diciendo Wishart, el cocinero de la nave, cuando entró Duncan.

A Duncan le tenía sin cuidado la opinión de Wishart. No podía olvidar que, cuando se le ocurrió lo conveniente que sería que Lellie tomara algunas lecciones de cocina, Wishart se había negado a dárselas por menos de 50 libras, aumentando de este modo el precio total de coste a 2.360 libras. Sin embargo, su temperamento no le permitió fingir que no había oído aquellas palabras.

-Un lugar infernal para ir a trabajar dijo secamente.

Nadie replicó. Sabían las condiciones en que se encontraba un hombre cuando le era ofrecida una de aquellas plazas.

Tal como la Compañía subrayaba con frecuencia, la jubilación a la edad de cuarenta años no podía representar ningún problema para sus empleados: los sueldos eran excelentes, y podían citar numerosos casos de hombres que se habían labrado un brillante porvenir con los ahorros que habían hecho en su época de servicios espaciales. Esto era completamente cierto para los hombres que hablan ahorrado, y no habían estado obsesivamente interesados en el hecho de que un animal de cuatro patas puede correr más rápidamente que otro. Lo cierto es que cuando a Duncan le llegó el momento del retiro no tenía dónde caerse muerto, y aceptó la oferta de la Compañía.

Nunca había estado en Júpiter 1V/II, pero no le era difícil imaginar cómo sería; sabía que era la segunda luna de Callisto; una cuarta luna, en orden de descubrimiento, de Júpiter; sería, inevitablemente, uno de los peores tipos de roca cósmica. Duncan firmó el contrato en las condiciones habituales: 5.000 libras al año por un período de cinco, más la manutención, más cinco meses a media paga antes de que pudiera llegar allí, más seis meses, también a media paga, una vez finalizado el contrato, en concepto de «readaptación a la gravedad».

Bueno... esto significaba renunciar a los próximos seis años; cinco de ellos sin gastos, y una bonita suma ahorrada al final de ellos.

Fi problema consistía en resistir cinco años de aislamiento sin volverse loco. Aunque los psicólogos le dieran el visto bueno, uno no podía estar seguro. Algunos lo resistían: otros quedaban hechos polvo en unos cuantos meses, y tenían que ser relevados. Si se resisten los dos primeros años, decían, se aguantan perfectamente los cinco. Pero el único modo de saber si se resistían los dos primeros, era probándolo...

-¿Podría pasar el tiempo de espera en Marte? -inquirió Duncan-. La vida es allí mucho más barata.

Habían consultado tablas planetarias y horarios y catálogos de navegación, y descubrieron que también para ellos resultaría más barato. De modo que le habían sacado un pasaje para la semana siguiente, y arreglaron las cosas para que pudiera obtener del agente de la Compañía establecido allí, todo lo que necesitara, a crédito.

En la colonia marciana de Port Clarke abundan los navegantes del espacio que prefieren pasar allí las épocas de readaptación, debido a la menor gravedad, a la mayor economía, y, en general, a las facilidades que encuentran. Son hombres siempre dispuestos a dar un consejo. Duncan los escuchó, pero descartó la mayoría de ellos. Conservar la salud mental a base de aprenderse de memoria la Biblia o las obras de Shakespeare, o de copiar tres páginas de la enciclopedia cada día, o de construir modelos de naves espaciales metidos dentro de una botella, le parecieron métodos no solamente aburridos, sino también ineficaces. El único consejo al que prestó oídos fue al de que comprara una muchacha para que compartiera su exilio, y seguía pareciéndole un consejo excelente, a pesar de que Lellie le había costado ya 2.360 libras.

Conocía lo suficientemente la opinión general que merecía aquel hecho como para no replicarle a Wishart de un modo desabrido. Por lo tanto, contemporizó:

-Tal vez un lugar así no sea el más indicado para llevar a una *verdadera* mujer. Pero, tratándose de una marciana...

-Incluso una marciana... -empezó Wishart, pero se interrumpió al ver que los tubos de amortiguamiento empezaban a funcionar.

La conversación cesó mientras todo el mundo se dedicaba a la tarea de afianzar los objetos sueltos.

* * *

Júpiter 1V/II era, por definición, una subluna, y probablemente un asteroide capturado. La superficie no estaba surcada de cráteres, como la de la Luna: era simplemente una extensión de rocas dentadas y hundidas. En conjunto, el satélite tenía la forma de un ovoide irregular; era un desolado bloque de piedras desprendido de algún desaparecido planeta, sin más ventaja que la de su situación.

Tenían que existir estaciones de carga intermedias. Construir grandes naves capaces de aterrizar en los mayores planetas resultaría antieconómico. Hacía mucho tiempo que no se construían naves destinadas a soportar las intensas presiones de una elevada gravitación: las naves modernas eran verdaderas *naves espaciales.* Realizaban sus viajes, llevando combustible, víveres, carga y pasajeros, exclusivamente entre satélites. Los tipos más nuevos no llegaban ni siquiera a la Luna, sino que utilizaban el satélite artificial, Pseudos, como estación terminal desde la Tierra.

El transporte entre las estaciones de carga y los puntos de destino suele efectuarse en una especie de cilindros conocidos con el nombre de canastas; los pasajeros, a su vez, viajan en pequeñas naves-cohete. Estaciones tales como Pseudos, o Daimos, Ja principal estación de carga de Marte, desarrollan una actividad que mantiene ocupados a un gran número de hombres, pero en las estaciones de poca importancia un hombre solo puede realizar todo el trabajo. Las naves las visitan con muy poca frecuencia. En lo que respecta a Júpiter 1V/JI, según los informes que poseía Duncan, sólo aterrizaba allí una nave cada ocho o nueve meses, procedente de la Tierra.

La nave continuó descendiendo en espiral, adaptando su velocidad a la del satélite. Los giroscopios empezaron a funcionar, actuando de elementos estabilizadores. El pequeño y desolado mundo creció hasta llenar las mirillas de observación. La nave se movía en una órbita muy cerrada. Millas y millas de rocas informes se deslizaron monótonamente debajo de ella.

La estación apareció a la izquierda de la pantalla; una zona de unos cuantos acres, toscamente aplanada; la primera y única señal de orden en el caos de piedra. En el extremo más apartado había un par de cabañas hemisféricas, una mucho mayor que la otra. En el extremo más próximo, unas cuantas canastas cilíndricas estaban alineadas junto a una rampa de lanzamiento labrada en la roca, había largas hileras de recipientes de lona, algunos llenos de un material de forma cónica, otros deshinchados, vacíos o semivacios. Un enorme espejo parabólico se erguía en lo alto de una roca detrás de la estación, como una monstruosa flor. Y en todo el escenario no había más que una señal de movimiento: una diminuta figura enfundada en un traje espacial, en frente de la mayor de las cabañas, agitando frenéticamente los brazos en dirección a la nave.

Duncan se apartó de la pantalla y regresó a la cabina. Encontró a Lellie luchando con una enorme maleta que, bajo la influencia de la deceleración parecía dispuesta a aplastarla contra la pared. Duncan empujó la maleta a un lado y tiró de Ja muchacha hacia sí.

-Ya estamos llegando -le dijo-. Ponte el traje espacial.

Los redondos ojos de Lellie dejaron de prestar atención a la maleta y se volvieron hacia él. Pero no revelaron nada de lo que sentía, nada de lo que pensaba.

-Dijo, simplemente:

-Traje ezpazial. Zí... muy bien.

* * *

En la cámara de descompresión de la cabaña, el superintendente que debía ser relevado por Duncan prestó más atención a Lellie que al disco regulador. Sabía por experiencia el giro exacto que debía darle, y lo giró sin mirar siquiera la saeta indicadora.

-Ojalá se me hubiese ocurrido a mí traerme una dijo - Me hubiera sido muy útil.

Abrió la puerta interior y les invitó a pasar.

-Esta es su casa. Bienvenidos a ella ~<1ijo.

La habitación principal tenía una forma sumamente irregular a causa de la construcción en cúpula de la cabaña, pero era muy espaciosa. Estaba sumamente desarrollada y excesivamente sucia.

-¿Para qué iba a limpiarla? No esperaba recibir ninguna visita -explicó el superintendente saliente. Miró a Lellie. El rostro de la muchacha no expresaba en absoluto lo que pensaba del lugar-. Estos marcianos no se sabe nunca lo qué piensan -añadió-. No parecen captar ninguna impresión.

Duncan asintió:

-Creo que ésta se quedó asombrada al ver que había nacido, y todavía no se ha repuesto de la sorpresa.

El otro hombre siguió mirando a Lellie. Sus ojos se desviaron de ella hacia un conjunto mental de bellezas terrestres, y regresaron de nuevo.

-Estas marcianas tienen unas formas muy raras -murmuró.

-Esta estaba considerada como bastante guapa en el lugar de donde procede -dijo Duncan, un poco secamente.

-Desde luego, desde luego. No se ofenda, compañero. Creo que todas las mujeres van a parecerme raras después de la temporada que he pasado aquí. -Cambió de tema-: Será mejor que les enseñe todo esto.

Duncan hizo una seña a Lellie para que abriera la mirilla de su casco de modo que pudiera oírle, y luego le dijo que se quitara el traje espacial.

La cabaña era del tipo habitual: piso doble, paredes dobles, con un espacio aislado entre los dos; construida de un solo cuerpo, y fijada a la roca por medio de estacas de acero. La vivienda contaba con tres

habitaciones más, dispuestas para albergar a más personal en caso de que aumentara el tránsito de la estación.

-El resto -explicó el superintendente saliente- son los almacenes de la estación, y contienen principalmente víveres, cilindros de aire, repuestos de todas clases, y agua. Tendrá que decirle a la muchacha que vaya con cuidado con el agua; la mayoría de las mujeres parecen creer que el agua nace de un modo natural en las barricas.

Duncan sacudió la cabeza.

-Esto no cuenta para los marcianos. La vida en los desiertos les infunde un respeto natural hacia el agua.

El otro hombre cogió un puñado de formularios.

-Son las entradas y salidas de almacén. Las comprobaremos y firmaremos después. La única carga, ahora, son tierras metalíferas raras. Callisto no ha sido abierto todavía al tráfico. El manejo de todo esto es muy sencillo. Cuando haya una canasta en camino le avisarán a usted: tiene que limitarse a mantener en funcionamiento el poste de señales de radio, para evitar que se despisten. En el despacho de mercancías no puede equivocarse si se atiene a las tablas .~ Miró a su alrededor-. Todas las comodidades hogareñas ¿Lee usted? Hay una enorme cantidad de libros...

Señaló con la mano las hileras de volúmenes que cubrían la mitad de la pared interior de separación.

Duncan dijo que nunca había sido demasiado aficionado a la lectura.

-Bueno, ayuda mucho - dijo el otro-. Hay obras de todas clases. Y aquí están los discos. ¿Es usted aficionado a la música?

Duncan dijo que le gustaba escuchar una buena canción.

-Hum... Será mejor que se dedique a oír otra clase música. Las canciones se le meten a uno en la cabeza y ponen melancólico. ¿Juega al ajedrez?. Seña]ó un tablero, con las piezas terminadas en una clavija que se adaptaba a una muesca labrada en los cuadros.

Duncan sacudió negativamente la cabeza.

-Lástima. Hay un chico en Callisto que juega bastar bien. Ahora está disgustado porque no podremos terminar ~ partida. Claro que si yo hubiera pensado en hacer lo que hecho usted, no me hubiese preocupado del ajedrez. -de nuevo a Lellie-. ¿Qué imagina que va a hacer aquí la muchacha, además de cocinar y de distraerle a usted? -preguntó.

Era una pregunta que no se le había ocurrido hacerse a Duncan, pero se encogió de hombros.

- ¡ Oh! No creo que se aburra. Los marcianos son estúpidos por naturaleza. Se pasan horas y horas sentados, sin hacer absolutamente nada. Es un don que poseen.

-Aquí le será de mucha utilidad, desde luego -dijo el otro hombre.

Empezaron las tareas normales subsiguientes a la llegada de una nave. Descargaron las cajas, y cargaron las tierras metalíferas. Una pequeña nave-cohete llegó a Callisto transportando un par de buscadores de metales cuyo plazo de exploración había terminado, y se marchó de nuevo con los dos hombres que iban a reemplazarles. Los ingenieros de la nave revisaron la maquinaria de la estación, hicieron algunas reparaciones, llenaron los tanques de agua, cargaron los cilindros de aire vacíos, comprobaron y volvieron a comprobar antes de dar su visto bueno final.

Duncan salió al exterior de la cabaña, en el mismo lugar donde no hacía mucho su predecesor les había hecho objeto de una frenética bienvenida, para contemplar la partida de la nave. La mole metálica ascendió en línea recta, empujada suavemente por sus reactores. Luego describió una elíptica, brillando contra el negro cielo. Los turborreactores empezaron a soltar un chorro de fuego blanco de bordes rosados. Rápidamente, la nave adquirió velocidad. Al cabo de unos instantes se había convertido en un puntito apenas visible en la línea del horizonte.

Súbitamente, Duncan experimentó la sensación de que también él se había convertido en un diminuto punto sobre una desolada masa de rocas, que a su vez era un puntito en la inmensidad. El indiferente cielo encima de él no tenía perspectiva alguna. Era una bóveda completamente negra en la cual ardían perpetuamente, sin motivo ni propósito, su sol-materno y una miríada de otros soles.

Las rocas del propio satélite, irguiéndose en sus ásperas crestas y riscos, no tenían tampoco perspectiva. Duncan no podía decir sí estaban muy cerca o muy lejos; ni siquiera podía describir su verdadera forma, ya que las sombras se confundían con las rocas. Ni en la Tierra, ni en Marte, había nada que pudiera compararse con ellas. Sus bordes, no desgastados por el tiempo, estaban tan afilados como la hoja de una espada: habían sido tan afilados como ahora durante millones de millones de años, y continuarían siéndolo mientras existiera el satélite.

Los inmutables millones de años parecían extenderse delante y detrás de él. No era sólo él mismo, sino toda la vida la que era un punto diminuto, un incidente transitorio, completamente sin importancia para el universo. La realidad no era más que unos globos de fuego y unas masas de piedra girando, girando insensiblemente a través del vacío, a través del tiempo inimaginable, siempre, siempre, siempre...

En el interior de su calefactado traje espacial, Duncan tembló ligeramente. Hasta entonces, nunca había estado tan solo; nunca había tenido tal consciencia de la vista, insensible, e inútil soledad del

espacio. Mirando a través de la oscuridad, la luz que una estrella había dejado brillando en sus ojos hacía un millón de años, se interrogó a sí mismo.

«¿*Por* qué? -se preguntó-. ¿Cuál es la trama de todo esto?»

El sonido de su propia pregunta sin respuesta posible interrumpió sus reflexiones. Sacudió la cabeza como para apartar de su cerebro aquellas especulaciones sin sentido. Volvió la espalda al universo, dejándolo nuevamente reducido a su verdadera categoría, la de un telón de fondo para la vida en general y para la vida humana en particular, y penetró en la cámara reguladora de la presión.

* * *

El trabajo, tal como le había indicado su predecesor, era sencillo. Duncan establecía contacto por radio con Callistos en los plazos fijados de antemano. Habitualmente, aquellos contactos no eran más que una comprobación rutinaria de que proseguía la mutua existencia, con algún ocasional comentario sobre las noticias radiofónicas. Muy de tarde en tarde le anunciaban que había una canasta en camino, a fin de que Conectara el poste de señales de radio. Luego, a su debido tiempo, hacía su aparición la canasta, descendiendo lentamente. Descargarla y cargarla era un juego de niños.

Los días del satélite eran demasiado cortos, y sus noches, iluminadas por Callisto, y a veces también por Júpiter, eran casi tan brillantes como el día; de modo que Duncan se regía por el reloj-calendario que señalaba la hora terrestre de acuerdo con el meridiano de Greenwich. Al principio, la mayor parte del tiempo había estado ocupado arreglando la, carga que la nave había dejado. Parte de ella en la cabaña principal: artículos de consumo para él y para Lellie, y otros que debían almacenarse en un lugar cálido y ventilado. Otra parte de la carga debía ser almacenada en la cabaña pequeña, fría y sin ventilar. Y la mayor parte debía ser colocada cuidadosamente en las canastas para su posterior envío a Callisto. Pero, una vez realizado aquel trabajo, la tarea resultaba fácil, demasiado fácil...

Duncan se trazó un programa. A intervalos regulares inspeccionaría esto y aquello, revisaría tal máquina y tal otra, etcétera. Pero cumplir al pie de la letra un programa inútil requiere mucha fuerza de voluntad. Las máquinas, por ejemplo, estaban construidas para funcionar durante largos períodos de tiempo sin necesidad de revisiones. En caso de avería, la máquina dejaría de funcionar. Y, en tal caso, lo único que podría hacer seria llamar a Callisto para que enviaran una nave-cohete a recogerlos hasta que llegara una nave para repararla. La Compañía le había explicado claramente que una avería sería la única cosa que justificaría su abandono de la estación. Y habían añadido que provocar una avería con el fin de conseguir un «cambio de ambiente» podía darle muy malos resultados. Lo cierto es que Duncan no se atuvo por mucho tiempo a su programa.

Había ocasiones en que Duncan se preguntaba a sí mismo si la idea de traerse a Lellie había sido tan buena, después de todo. En el aspecto puramente práctico, él no hubiera cocinado tan bien como ella lo hacía, y probablemente hubiera vivido rodeado de la misma suciedad que su predecesor, pero, si Lellie no hubiera estado allí, la necesidad de ocuparse de sí mismo le hubiese proporcionado un poco de distracción. Incluso desde el punto de vista de la compañía... Bueno, Lellie era una compañera remota, extraña; era una especie de *robot,* y completamente tonta; desde luego, nada divertida. Y había ocasiones, cada vez más frecuentes, en que sólo el verla le irritaba extraordinariamente; le irritaba su modo de moverse, 1, sus gestos, 1, su estúpido ceceo cuando hablaba, v su alejamiento, v todas sus desemejanzas, y el hecho de que sin ella tendría 2.360 libras más en su cuenta... Y ella no realizaba el menor esfuerzo para poner remedio a sus defectos, aunque dispusiera de los medios para ello. Su cara, por ejempío. Cualquier muchacha trataría de mejorar su aspecto en lo posible. Cualquier muchacha, menos ella. Aquellas cejas torcidas, por ejemplo: le daban un aspecto de payaso aturdido... Pero a ella le importaba un comino.

-Por lo que más quieras -le dijo Duncan a Lellie una vez más-, deja de bizquear. Me pones nervioso. ¿Es que no has aprendido *todavía* a mirar en línea recta? Y te has puesto mal el colorete, también. Mira esta fotografía... y ahora mírate en el espejo: un pegote de colorete, y mal puesto, además. Y tu pelo... otra vez parece un estropajo. Péinatelo bien, y vuelve a peinártelo las veces que haga falta. Sé que no puedo evitar que seas una estúpida marciana, pero al menos puedes *2nteatar* parecerte a una mujer de veras.

Lellie contempló la fotografía en colores, y luego se miró al espejo, comparando.

- Zí... muy bien dijo, con absoluto despego.

Duncan lanzó un bufido.

-¡Esta es otra! ¡Tu maldito ceceo! No es *«zí»,* es «sí». S-I, sí. Vamos, di «sí».

- Zí - dijo Lellie, solícitamente.

-¡Oh! ¿Es que no puedes oír la diferencia? S-ss, no z-z-z. Sssí.

-Zí ~dijo Lellie.

-No. Cierra los dientes y no apoyes la lengua en ellos.

Sssí:

La lección se prolongó un buen rato. Finalmente, Duncan perdió los estribos.

-¿Crees que vas a tomarme el pelo indefinidamente? ¡Ten cuidado, niña! Ahora, di «sí».

-Z-zí -murmuró Lellie, nerviosamente.

La mano de Duncan cruzó su rostro con más fuerza de la que él mismo quiso imprimirle. El impacto le hizo perder su contacto magnético con el suelo y la envió volando a través de la habitación, en un remolino de brazos y piernas. Chocó contra la pared opuesta y rebotó en ella para flotar desválidamente, Tejos del alcance de algo a que agarrarse. Duncan se acercó a ella a grandes zancadas, la agarró con fuerza y la puso nuevamente en pie. Su mano izquierda aferró el buzo de la muchacha por la parte delantera, inmediatamente debajo de la garganta de Lellie. Su mano derecha se alzó, amenazadora.

- ¡ Otra vez! -ordenó.

Los ojos de Lellie se abrieron todavía más, con expresión de desamparo. Duncan la sacudió fuertemente. Lellie probó. A la sexta tentativa, articuló:

-Z-sí.

Duncan se dio por satisfecho, de momento.

-*Puede.*~ hacerlo. ¿Te das cuenta? Puedes hacerlo... si te la gana. Lo que tú necesitas, niña, es un poco de mano dura.

La soltó. Lellie sc apartó de él, tambaleándose, sosteniéndose cl dolorido rostro con las manos.

* * *

Muchas veces, mientras las semanas se deslizaban lentamente hasta convertirse en meses, Duncan se sorprendió a sí mismo preguntándose si iba a resistirlo. Prolongaba tanto como podía las tareas que le estaban encomendadas, pero a pesar de ello le quedaba aún mucho tiempo que no sabía en qué invertir.

Un hombre de cuarenta años que no ha leído más que un artículo de una revista muy de cuando en cuando, no soporta los libros. Los discos de música ligera, tal como había profetizado su predecesor, le ponían de peor humor, y los otros le resultaban insoportables. Aprendió a mover las piezas del ajedrez, valiéndose de un manual, y luego le enseñó a Lellie ~ moverlas, para ver si con un poco de práctica se ponía en condiciones de retar al ajedrecista de Callisto. Sin embargo, Lellie le ganaba una y otra vez, hasta que Duncan llegó a la conclusión de que no poseía el tipo de mentalidad que requería aquel juego. Entonces le enseñó a Lellie una especie de doble solitario, pero tampoco esto duró mucho tiempo; todas las cartas favorables parecían corresponderle siempre a ella.

De modo que se pasaba la mayor parte del tiempo sentado, sin hacer nada, odiando al satélite, furioso consigo mismo y enojado con Lellie.

Lo que más le irritaba era la flema con que la muchacha se dedicaba a sus tareas. Le parecía injusto que ella pudiera tomárselo con más calma que él, simplemente porque era una estúpida marciana. Cuando su malhumor se convertía en vocal, la mirada de Lellie mientras le escuchaba le exaspera ha todavía más.

-¿Es que no puedes hacer que ese estúpido rostro que tienes *exprese al*go? - le dijo un día-. ¿No puedes reír, o llorar, o volverte loca? ¡Siempre la misma cara, siempre la misma cara! No puedo evitar que seas tonta, pero cambia un poco de cara, por lo que más quieras. ¡Dale un poco de expresión!

Lellie continuó mirándole, sin que en su rostro se produjera el menor cambio.

-¿Es que no me has oído? ¡Vamos, sonríe! ¡Maldita estúpida! ¡ Sonríe!

La boca de Lellie se torció ligeramente.

-¿A eso le llamas una sonrisa? ¡Mira, esto es una sonrisa! -Señaló una fotografía pegada a la pared: una sonriente *starlett,* mostrando una blanquisima dentadura-. ¡Así! ¡Así!

-No dijo Lellie-. Mi cara no puede arrugarse como las caras terrestres.

-¿Arrugarse? -estalló Duncan-. ¿A eso le llamas arrugarse? -Avanzó hacia ella con aire amenazador. Lellie retrocedió hasta que su espalda tropezó en la pared-. ¡ Yo haré que tu cara se arrugue, niña! ¡ Vamos, sonríe!

Levantó su mano.

Lellie se cubrió el rostro.

-¡No! -protestó-. ¡No... no... no!

* * *

El mismo día en que se cumplían ocho meses de su estancia en el satélite, Duncan recibió aviso de Callisto de que había una nave en camino. Un par de días después pudo establecer contacto directo con la nave, la cual confirmó su llegada dentro de una semana. Duncan se mostró tan excitado como si se hubiera bebido unas copas de más. Había preparativos que hacer, almacenes que revisar... Duncan puso manos a la obra con renovado entusiasmo, canturreando en voz baja mientras trabajaba. Incluso dejó de estar enojado con Lellie. En cuanto a ella, ¿quién podía saber el efecto que le había causado la noticia?

En el momento previsto, la nave aterrizó en el satélite. Duncan subió a bordo, con la sensación de que regresaba a un mundo que había creído definitivamente perdido. El capitán le acogió

calurosamente y le invitó a beber. Todo pura rutina: incluso el tartamudeo de Duncan y su leve embriaguez eran cosas normales en circunstancias como aquellas. El procedimiento sólo se apartó de lo normal cuando el capitán le presentó a un hombre, diciéndole:

-Tengo una sorpresa para usted, superintendente. Éste es el doctor Wint. Va a compartir su exilio una temporada.

Duncan le estrechó la mano.

-¿Doctor...? dijo, sorprendido.

-No soy doctor en medicina, sino en ciencias - explicó Alan Whint -. La Compañía me ha enviado aquí para realizar unas investigaciones geológicas... si es que puede ser utilizada, en este caso, la palabra «geo». Cosa de un año. Espero que no le importará.

Duncan se apresuró a afirmar que le encantaría su compañía, y eso fue todo, de momento. Más tarde, acompañó al doctor a la cabaña. Alan Whint quedó sorprendido al encontrar allí a Lellie; era evidente que nadie le había hablado de ella. Interrumpió las explicaciones de Duncan para decir:

-¿No va a presentarme usted a su esposa?

Duncan lo hizo, de mala gana. Le molestó el tono de reproche en la voz del hombre; y le molestó también que saludara a Lellie como si fuera una mujer terrestre. Se dio cuenta, asimismo, de que Whint había notado las magulladuras en el rostro de Lellie, que el colorete no cubría por completo. Clasificó mentalmente a Alan Whínt como a un tipo fino y *snob,* y deseó que no le planteara dificultades.

* * *

Cuando las dificultades se presentaron, tres meses después, no podría decirse quién se las planteó a quién. Anteriormente, habianse producido ya varios conatos de discusión que hubiesen degenerado en abierta hostilidad si el trabajo de Whint no le hubiera mantenido lejos de la cabaña la mayor parte del tiempo. El choque se produjo cuando Lellie alzó los ojos del libro que estaba leyendo para preguntar:

- ¿ Qué significa «emancipación femenina»?

Alan empezó a explicárselo. No había terminado la primera frase cuando Duncan le interrumpió:

-Oiga... ¿quién le ha pedido que meta ideas en su cabeza?

Alan se encogió ligeramente de hombros y miró a Duncan.

-Esa es una pregunta estúpida -dijo-. Y, de todos modos, ¿por qué no ha de tener ella ideas?

-Ya sabe lo que quiero decir.

-Nunca he comprendido a los individuos que al parecer no *dicen* lo que quieren decir. Pruebe otra vez.

-De acuerdo. Lo que quiero decir es esto: se ha presentado usted aquí con sus modales remilgados y su afectada conversación, y desde el primer momento se ha dedicado a meter las narices en cosas que no son de su incumbencia. Para empezar, ha estado tratando a Lellie como si fuera una dama de alto copete.

-Desde luego. Y me alegro de que se haya dado cuenta.

-¿Cree que no me he dado cuenta, también, de lo que pretende?

-Estoy convencido de que no. Es usted un tipo demasiado elemental. Usted cree, a su modo simplista, que estoy tratando de conquistar a su chica, y lo lamento con todo el peso de dos mil trescientas sesenta libras. Pero se equívoca usted: no pertenezco a esa clase de hombres.

-Mi esposa -rectificó Ducan, muy excitado-. Puede ser una estúpida marciana, pero legalmente es mi esposa: y tiene que hacer lo que yo diga.

-Sí, Lellie es una marciana, y es posible que en un sentido sea su esposa; pero no es estúpida, ni mucho menos. Sólo tiene que fiajarse en la rapidez con que ha aprendido a leer, en cuanto alguien se ha tomado la molestia de enseñarle. No creo que usted resultara un alumno demasiado brillante en un idioma del cual sólo conociera unas cuantas palabras y no supiera leerlo.

-Nadie le ha pedido a usted que la enseñe a leer. Lellie no necesita leer. Tal como era, estaba perfectamente.

-Habla usted como un perfecto esclavista. Bueno, me alegro de haberle desenmascarado.

-¿Y por qué lo ha hecho? Para que ella piense que es usted un gran tipo... Por eso la ha estado embaucando con sus palabras melosas: para que piense que es usted un hombre mejor que yo.

-He hablado con ella tal como le hablaría a cualquier mujer en cualquier parte... aunque de un modo más sencillo, porque ella no ha tenido posibilidades de recibir una educación. Si ella piensa que soy un hombre mejor que usted, estoy de acuerdo con ella. Lamentaría no serlo.

-Yo le demostraré a usted quién es el mejor... -empezó Duncan.

-No necesita usted demostrarlo. Cuando llegué aquí supe la clase de individuo que era usted: me bastaba con saber que había aceptado este trabajo. Ahora, además, 5& que es usted un rufián. ¿Cree que no

me he dado cuenta de las magulladuras del rostro de Lellie? ¿Cree que ha sido agradable para mí oír como maltrataba a una muchacha a la que usted ha mantenido deliberadamente ignorante e indefensa, cuando es potencialmente diez veces más inteligente que usted? ¡Bellaco!

En el calor del momento, Duncan no consiguió recordar lo que significaba la palabra bellaco, pero en cualquier otra parte el hombre no la hubiera pronunciado sin tropezar con el puño de Duncan que le cerraba la boca. Sin embargo, incluso a través de 511 ira, veinte años de experiencia espacial le contuvieron: siendo poco más que un chiquillo había aprendido la ridícula inutilidad de luchar en un espacio carente de gravedad, y que cuanto más furioso estaba un hombre más en ridículo se ponía.

De modo que las cosas no fueron más allá. Y con el paso del tiempo la situación se suavizó, y volvió a ser la misma, casi, que antes del incidente.

Alan continuó llevando a cabo sus expediciones en la pequeña aeronave que había traído consigo. Examino y exploró diversas zonas del satélite, regresando con muescas de roca que clasificaba cuidadosamente. Su tiempo libre lo dedicaba, como antes, a la educación de Lellie.

Duncan no dudaba, en el fondo, de que lo hacía para distraerse. por una parte, y porque consideraba que hay que enseñar al que no sabe, por otra; pero estaba igualmente convencido de que un contacto tan íntimo era muy peligroso. Hubiera puesto las manos en el fuego de que entre Lellie y Alan Whint no había absolutamente nada... todavía. Pero Duncan era un hombre práctico, y tenía el recelo que todos los hombres prácticos experimentan ante el conocimiento adquirido en los libros. Creyó necesario, pues, explicarle a la muchacha que la mayor parte de lo que se escribía eran tonterías, sin relación ninguna con los problemas de la vida:

Y empezó a hablarle de esos problemas, citándole ejemplos extraídos de su experiencia, y sin darse cuenta, descubrió que le estaba dando lecciones.

Lecciones que Lellie asimiló también rápidamente. Necesariamente, Duncan tenía que revisar un poco más su opinión de los marcianos. No es que fueran tan estúpidos como había creído... sino que eran demasiado tontos para empezar a utilizar el cerebro que poseían.

No pasaría mucho tiempo sin que Lellie supiera tanto como él mismo acerca del mecanismo y funcionamiento de la estación. Duncan no había previsto, ni mucho menos, la posibilidad de convertirse en profesor de Lellie, pero esto le proporcionaba una distracción preferible a la ociosidad anterior. Además, se le ocurrió que la muchacha, a fin de cuentas, podía representar una inversión mucho mejor de lo que había imaginado...

Duncan siempre había pensado que la educación era un modo como otro de perder el tiempo, pero ahora empezaba a considerar serenamente la posibilidad de recuperar, cuando regresara a Marte, una parte mayor de lo que había esperado de las 2.360 libras. Tal vez Lellie pudiera convertirse en una eficiente secretaria... Empezó a enseñarle los escasos rudimentos de contabilidad que conocía...

Los meses de servicio iban amontonándose; ahora con mucha más rapidez. Durante la última etapa, cuando uno había adquirido confianza en su capacidad para soportar aquella prueba, resultaba sumamente agradable permanecer sentado, sin hacer nada, pensando en el dinero que iba amontonándose también a medida que transcurrían los meses.

En Callisto había sido descubierto un nuevo filón, y los envíos al satélite aumentaron ligeramente. Por lo demás, la rutina continuaba invariable. Las escasas naves avisaban su llegada, tomaban tierra, cargaban y volvían a marcharse.

Y luego, sorprendentemente pronto, le fue posible a Duncan decirse a sí mismo: «Dos naves más, y se habrá terminado». Y todavía más sorprendentemente pronto llegó el día en que, de píe en el exterior de la cabaña, contemplando cómo se alejaba una nave, pudo decirse: «¡ Ésta es la última vez que veo despegar una nave de aquí! Cuando despegue la próxima, yo estaré a bordo de ella, y luego... Oh, luego!»

Dio media vuelta, para entrar en la cámara reguladora de la presión... y encontró la puerta cerrada.

En cuanto hubo llegado a la conclusión de que el asunto de Halan Whint no iba a tener consecuencias, abandonó la costumbre de mantener abierta la puerta con una cuña de piedra. La dejaba abierta, sencillamente, ya que en el satélite no había vientos ni nada que pudiera moverla. Agarró el tirador y empujó, impacientemente. La puerta no se movió.

Duncan lanzó una maldición y se dirigió hacia una de las ventanas de la cabaña, impulsándose a sí mismo hasta que pudo mirar a través de ella. Lellie estaba sentada en una silla, al parecer sumida en sus pensamientos. La puerta interior de la cámara reguladora de la presión estaba abierta de par en par, de modo que la exterior no podía moverse. Además del cerrojo automático de seguridad, la presión del aire de la cabaña la mantenía cerrada.

Creyendo que la muchacha se había distraído, Duncan golpeó el recio cristal de la doble ventana para llamar su atención; desde luego, era imposible que hubiera oído el sonido: seguramente fue el movimiento lo que impresionó su retina y la hizo mirar hacia arriba. Volvió la cabeza y se quedó mirando a Duncan, sin moverse. Duncan a su vez, miro a Lellie. llevaba el pelo como cuando la conoció, y las cejas y el colorete, todos los detalles que él la había obligado a adoptar para que se asemejara lo más posible a una mujer terrestre, habían

desaparecido. Sus ojos le miraron fijamente duros como piedras y con su eterna expresión de inocencia sorprendida.

La súbita comprensión hirió a Duncan como un golpe físico. Durante algunos segundos, todas las cosas parecieron de tenerse.

Trató de fingir que no había comprendido. Señaló con la mano la puerta interior de la cámara reguladora de la presión. Lellie siguió mirándole fijamente, sin moverse. Luego, Duncan vio el libro que ella tenía en la mano, y lo reconoció. No era ninguno de los libros que la Compañía había incluido en la biblioteca de la estación. Era un libro de versos, encuadernado en azul. Había pertenecido a Alan Whint...

El pánico se apoderó repentinamente de Duncan. Inclinó la mirada hacia la hilera de pequeños discos que cruzaban su pecho y exhaló un suspiro de alivio. Lellie no había tocado su proveedor de aire: disponía de presión suficiente para unas treinta horas. El sudor que había empezado a brotar de su frente se enfrió mientras recobraba el dominio de sí mismo. Tenía que pensar con calma.

¡Vaya una zorra! Todo aquel tiempo le había hecho creer que se había olvidado de todo. Haciéndose la tonta. Dejando que pasara el tiempo mientras maduraba su plan. Esperando hasta el último momento, cuando su contrato estaba a punto de finalizar, para ponerlo en práctica. Pasaron unos minutos antes de que la mezcla de ira y de pánico que invadía a Duncan se calmara un poco, permitiéndole pensar.

¡ Treinta horas! Había tiempo para hacer muchas cosas. Y si en el plazo de veinte horas no conseguía volver a entrar en la cabaña, le quedaría aún el último y desesperado recurso de catapultarse a sí mismo a Callisto en una de las canastas.

Aunque Lellie hablara más tarde del asunto Whint, ¿qué podía suceder? Duncan estaba completamente seguro de que la muchacha ignoraba *cómo* había ocurrido la cosa. Sería la palabra de una marciana contra su propia palabra. Lo más probable era que la creyeran afectada de locura espacial.

De todos modos, el fango no dejaría de alcanzarle; era preferible arreglarlo con ella aquí y ahora. Además, la idea de catapultarse en una canasta era muy arriesgada, y sólo debía pensar en ella en último extremo. Disponía de veinte horas para ensayar otros medios.

Duncan reflexionó unos minutos más, y luego se dirigió a la más pequeña de las cabañas. Una vez allí, desconectó las líneas que proporcionaban la energía desde las principales baterías cargadas por la dimano solar. ~e sentó a esperar un poco. La aislada cabaña tardaría en perder todo su calor, pero no pasaría mucho tiempo sin que se notara un descenso de la temperatura, apreciable en los termómetros. Las baterías de emergencia de pequeño voltaje que había en la cabaña

no le servirían de mucho a Lellie, suponiendo que se le ocurriera conectarlas.

Esperó una hora, mientras el lejano sol se ponía y el brillante arco de Callisto empezaba a surgir por el horizonte. Luego regresó a la ventana de la cabaña para observar los resultados. Llegó a tiempo de ver a Lellie poniéndose precipitadamente el traje espacial a la luz de un par de lámparas de emergencia.

Duncan murmuró una maldición. El proceso de congelación no iba a servir para nada. Además de que el calorífero traje espacial protegería a Lellie contra el frío exterior, la muchacha disponía de una reserva de aire muy superior a la suya... y en el interior de la cabaña había muchas botellas llenas que no se verían afectadas aunque el aire libre se helara hasta convertirse en sólido.

Esperó hasta que la muchacha se hubo colocado el casco, y entonces puso en funcionamiento su propio transmisor. Vio que Lellie se detenía al oír el sonido de su voz, pero no contestó. De pronto, desconectó deliberadamente su receptor. Duncan lo mantuvo conectado, preparado para el momento en que la marciana recobrara el juicio.

* * *

Duncan volvió a examinar mentalmente la situación. Su intención había sido la de abrirse paso hacia la cabaña sin causar daños en ella, a ser posible. Pero, si Lellie no experimentaba los efectos del frío, aquello parecía difícil. Lellie tenía sobre él la ventaja del aire. Y aunque era cierto que embutida en su traje espacial no podría comer ni beber, lo mismo, desgraciadamente, le sucedía a él. La única solución que parecía posible era forzar la cabaña.

A regañadientes, se dirigió de nuevo a la cabaña pequeña y conectó el soplete eléctrico. El cable se arrastró como una serpiente detrás de él mientras se dirigía una vez más hacia la cabaña grande. Al llegar junto a la curvada pared metálica, se detuvo a pensar en lo que iba a hacer... y en las consecuencias; En primer lugar tenía que abrir un boquete en la plancha exterior; luego, el material aislante: éste no presentaría ningún problema, ya que se derretiría como la mantequilla, y sin oxígeno no ardería. La parte más difícil sería atacar la plancha interior. Lo más prudente sería empezar dando unos pequeños cortes, para dejar que escapara lentamente el aire a presión del interior de la cabaña. Si permitía que saliera de golpe, la fuerza del impacto podía lanzarle a una distancia considerable. Y, ¿qué haría Lellie? Lo más probable era que intentara tapar los agujeros a medida que él los iba abriendo... una tarea bastante difícil. Las dos planchas podían ser soldadas de nuevo antes de que Duncan airease de nuevo el interior de la cabaña por medio de los cilindros... La pequeña pérdida de material aislante no importaba... De acuerdo, manos a la obra...

Levantó el soplete y apretó el gatillo. Volvió a apretarlo, y lanzó una maldición entre dientes, recordando que había desconectado la energía.

Tuvo que regresar a la cabaña pequeña y conectar de nuevo la línea a las baterías. La luz que brotó repentinamente de las ventanas de la cabaña grande iluminó las rocas. Se preguntó si el restablecimiento de la energía sugeriría a Lellie lo que estaba haciendo. ¿Y qué? De todos modos, no tardaría en saberlo.

Una vez más Duncan se instaló al lado de la pared metálica de la cabaña grande. El soplete funcionó ahora perfectamente. Sólo tardó unos minutos en cortar un círculo de unos dos pies de circunferencia. Sacó el trozo de chapa, y examinó la abertura. Luego, cuando alzaba de nuevo el soplete, oyó un chasquido en su receptor: la voz de Lellie resonó en su oído:

-Será mejor que no trates de cortarlo. Estoy preparada para ello.

Duncan vaciló, con su dedo índice apoyado en el gatillo del soplete, preguntándose cómo demonios había podido adivinar lo que estaba haciendo. El tono amenazador de la voz de la muchacha le intranquilizó. Decidió acercarse a la ventana para ver lo que estaba haciendo Lellie, si es que estaba haciendo algo.

Lellie estaba de pie junto a la mesa, embutida aún en su traje espacial, entretenida con un aparato que había puesto encima. De momento Duncan no consiguió adivinar lo que estaba haciendo.

Había allí un saco de plástico, medio hinchado, y atado de algún modo al tablero de la mesa. Lellie estaba acoplando una placa de metal a un pequeño intersticio. A un lado del saco había conectado un alambre. Los ojos de Duncan recorrieron aquel alambre hasta llegar a una batería, una bobina, y un detonador unido a un manojo de media docena de cartuchos de dinamita...

Duncan quedó 4esagradablemente informado. Era algo muy sencillo, aunque tremendamente eficaz. Si la presión del aire en el interior de la cabaña disminuía, el saco se hincharía: el alambre establecería contacto con la placa: la cabaña volaría...

Lellie terminó su tarea, y conectó el segundo alambre a la batería. Luego se volvió a mirar a Duncan a través de la ventana. Resultaba endiabladamente difícil creer que detrás de aquella estúpida falta de expresión de su rostro, la muchacha pudiera darse perfecta cuenta de lo que estaba haciendo.

Duncan trató de hablar con ella, pero Lellie había cerrado su receptor y no dio la menor muestra de querer abrirlo otra vez. Se limitó a permanecer allí de pie mirando fijamente a Duncan, mientras él se sentía roído por la ira. Al cabo de unos instantes Lellie se acercó a una silla y se sentó a esperar.

- De acuerdo –gritó Duncan debajo de su casco -.¡ Pero tú volarás con ella, maldita seas!

Lo cual, desde luego, era una tontería, ya que no tenía la menor intención de destruir la cabaña ni de destruirse a si misma.

Duncan no había aprendido a conocer lo que había detrás de aquel estúpido rostro: Lellie podía estar fríamente decidida, o podía no estarlo. Si se hubiera tratado de darle a un interruptor que ella tuviera que apretar para destrozar la cabaña, Duncan podía haber corrido el peligro de que los nervios de la muchacha fallaran. Pero, de este modo, sería él quien apretaría el interruptor, en cuanto hiciera un agujero para que saliera el aire.

Una vez más, se dedicó a reflexionar sobre la situación. Tenía que existir *algún* medio de entrar en la cabaña sin hacer salir el aire... Se estrujó el cerebro durante unos minutos, pero si existía tal medio, él no era capaz de descubrirlo. Además, no existía ninguna seguridad de que Lellie no hiciera estallar la carga si se asustaba demasiado...

No, no se le ocurría ningún medio. Tendría que utilizar la canasta para catapultarse a Callísto.

Alzó la mirada hacia Callísto, que ahora colgaba, enorme, del cielo, con Júpiter más pequeño, pero más brillante, detrás. Lo que le preocupaba no era el vuelo, sino el aterrizar allí. Tal vez si pudiera rellenar la canasta con toda la guata que consiguiera encontrar... Más tarde, podría pedir a los hombres de Callisto que le acompañaran en su viaje de regreso al satélite; y entre todos encontrarían algún medio para entrar en la cabaña. Y Lellie lamentaría amargamente su actitud. La lamentaría *Amargamente...*

Al otro lado de la cabaña estaban alineados los tres cilindros, cargados y listos para emprender el vuelo. A Duncan no le importaba admitir que aquel vuelo le asustaba: pero, asustado o no, si Lellie no se decidía a conectar su receptor para escucharle, aquella sería su única oportunidad. Y retrasarlo no serviría más que para disminuir la carga de su provisión de aire.

Ya decidido, se dirigió hacia el lugar donde estaban alineados los cilindros, La práctica hizo que para él fuera un juego de niños situar el más próximo de los cilindros sobre la rampa. Otra ojeada a la inclinación de Callisto contribuyó a tranquilizarle; al menos podría llegar allí directamente. Si el poste de señales de Callisto no funcionaba, podría establecer comunicación con ellos a través de su transmisor individual cuando estuviera más cerca.

En el cilindro había muy poca guata. Duncan recogió la de los otros dos y la metió en el primero. Mientras estaba entregado a esta tarea se dio cuenta de que empezaba a sentir frío. Inclinó la mirada hacia el contador que llevaba en el pecho... y al instante supo lo que sucedía: Lellie imaginó que cargaría botellas de aire nuevas y que las

comprobaría; de modo que lo que había estropeado había sido la batería, o, mejor dicho, el circuito. El voltaje había descendido hasta un punto en que la saeta apenas oscilaba. El traje espacial había estado perdiendo calor desde hacía ya algún tiempo.

Se dio cuenta de que no sería capaz de resistir largo rato... quizás unos cuantos minutos. Tras la primera impresión, el miedo le abandonó bruscamente, para dejar paso a un impotente furor. Lellie le había privado también de su última posibilidad de salvación, pero él le demostraría quién era. Se estaba muriendo, pero abriría un pequeño agujero en la cabaña y no moriría solo...

El frío se estaba apoderando rápidamente de él, como si unas agujas de hielo le pincharan todo el cuerpo a través del traje espacial. Sus pies y sus dedos fueron los primeros en quedar helados. Con un inmenso esfuerzo pudo acercarse de nuevo a la pared metálica de la cabaña. El soplete seguía en el mismo lugar donde lo había dejado. Luchó desesperadamente para cogerlo, pero los dedos no le obedecían ya. Blasfemó y sollozó en su intentó de moverlos, y a causa de la angustia <leí frío ascendiendo por sus brazos. Y, de repente, sintió un agudísimo, insoportable dolor en el pecho. Sus sollozos se hicieron más intensos. Abrió la boca... y el aire sin calentar penetró en sus pulmones, helándolos.

* * *

En el interior de la cabaña, Lellie seguía esperando. Había visto la figura embutida en un traje espacial que se acercaba a la pared metálica a una velocidad anormal. Comprendió lo que aquello significaba.

Su artefacto explosivo estaba ya desconectado; ahora, Lellie estaba en pie, alerta, con un recio felpudo de goma en la mano, dispuesta a tapar cualquier agujero que pudiera aparecer.

Esperó un minuto, dos minutos... Cuando hubieron transcurrido cinco minutos, Lellie se acercó a la ventana, Aplastando su rostro contra el cristal y mirando oblicuamente, pudo ver toda una pierna de un traje espacial, y parte de la otra. Colgaban allí, horizontalmente, a unos pies de distancia del suelo. Lellie las contempló por espacio de varios minutos. Su convulsivo temblor fue haciéndose cada vez menos visible...

Finalmente, cesó del todo.

Lellie se apartó de la ventana y soltó el felpudo de goma, que empezó a flotar por el interior de la cabaña. Durante unos segundos, Lellie permaneció en pie, completamente inmóvil, pensando. Luego se dirigió al armario de los libros y cogió el último tomo de la enciclopedia. Volvió sus páginas, hasta encontrar la palabra «viuda».

A continuación, buscó un trozo de papel y un lápiz. Durante unos instantes vaciló, tratando de recordar lo que le habían enseñado. Luego empezó a componer cifras, y se absorbió por completo en aquella tarea. Finalmente alzó la cabeza y contempló el resultado: 5.000 libras anuales durante cinco años, al O % de interés compuesto, representaba una bonita suma... Para un marciano, en realidad, una pequeña fortuna.

Pero luego vaciló otra vez. Seguramente, un rostro capaz de expresar alguna emoción hubiera fruncido ligeramente las' cejas en aquel momento, porque, desde luego, de aquella suma había que restar una cantidad: 2.360 libras, exactamente.

FIN

De Antologia de Novelas de Anticipación